Amazônia, un espacio tropical

ARTHUR CEZAR FERREIRA REIS

AMAZONIA, UN ESPACIO TROPICAL

m
M.098M
R345e

SEPARATA DEL N.º 82-83
de la Revista Estudios Americanos

SEVILLA, 1958

Amazonía, un espacio tropical *

El cuadro fisiográfico

Las regiones tropicales han sido señaladas como inapropiadas para la vida humana y las grandes empresas civilizadoras. Generalmente portentosas por la riqueza, variedad y esplendor de la naturaleza, que las caracteriza, estas regiones no constituyen un espacio propicio a la realización de empresas de importancia que venzan el medio y estructuren en él un sistema de vida diferente de aquella que distingue a los grupos tribales o las sociedades de organización incipiente. Son insalubres, calurosas, húmedas, con un alto grado de pluviosidad. Sus poblaciones ostentan estadíos primarios de cultura.

Un eminente maestro y científico francés, el profesor Pierre Gourou, en un libro que viene provocando un ruidoso debate, "Les pays tropicaux", sustentó esta tesis basándose en experiencias ajenas y en la propia suya adquirida en Indochina. Recapitulando sobre la vieja opinión pesimista, le dió actualidad. El hombre blanco, en los trópicos, según se ha observado, no consigue realizar lo que logra en otras áreas. En el mundo tropical, por tanto, no hay perspectiva risueña sino para la actividad depredadora, para la recolección de los productos vegetales y animales a cargo de la población nativa, estigmatizada por el medio agreste. Las tierras tropicales son pobres en humus. La pujanza de la vegetación que lo reviste no permite alentar esperanzas de éxito. Además, la existencia de endemias resta a los que aquí viven la capacidad para operaciones de envergadura, sumergiéndolos en un estado de lentitud de movimientos y en una casi integral despersonalización.

Ahora bien: la Amazonía es uno de esos espacios tropicales, sobre el cual ya se escribió una literatura vastísima, exaltándola o denigrándola. Para unos, es la tierra del futuro que garantizará al Brasil su destino como potencia; para otros, no pasa de ser infierno verde de donde no puede venir nada que no sean aquellos elementos naturales de la floresta, extraídos con una técnica rudimentaria.

Pero, evidentemente, en vista de las conquistas de la ciencia y de la tecnología, ya no hay áreas improductivas, pobres y hostiles a la vida social en sus índices más elevados. Las llamadas enfermedades tropicales no existen. Y con los medios de los que dispone hoy, el hombre blanco vive en cualquier parte, dominando la naturaleza en la medida de su propia voluntad. Siendo así, ¿cómo desconfiar de la Amazonía?

* Traducción de Jorge Chmielewski.

Representando en el cuadro fisiográfico de la América del Sur la mayor área específicamente definida y continua, la Amazonía interesa a Venezuela, al Ecuador, a Colombia, al Perú, a Bolivia y al Brasil. Es, por tanto, un mundo inmenso, que sólo en el Brasil constituye casi dos tercios del territorio nacional.

Lo que la caracteriza es la red hidrográfica y la floresta cerrada, una y otra sin par por el volumen, por la espesura, por la espectacularidad de su conjunto. La red hidrográfica, definida por el río Amazonas y sus varios centenares de afluentes y subafluentes, lagos y hoyas, recibe de éste la contribución diaria, en flujo y reflujo, de las mareas altas y bajamares. La floresta es cerrada, como si vedase la entrada a los hombres por la espesura, rica en especies, pero heterogénea en la distribución. No hay en ella presencia continuada de árboles de tamaño grande y pequeño, de la misma familia, del mismo tipo ecológico, sino una discontinuidad ilimitada, una dispersión espantosa. El paisaje así constituído, es natural, tranquilo, repetido, y da la impresión de que nos hallamos en los primeros días del génesis. La tierra está aún en formación y el hombre es así un intruso. La imagen que Euclides da Cunha divulgó para exteriorizar su impresión, es una imagen exacta. Porque al ponerse el sol, en la doblez de un río, en aquello que llamamos "estirón", el panorama tiene algo de espiritual, encantándonos. El paisaje selvático de la floresta y de las aguas inmensas nos lleva a creer que estamos realmente delante de la vida en su estado de naturaleza, naturaleza aún en arrumazón, ausente el hombre en su lucha por crear el hogar y, con el hogar, la sociedad, organizada en horas de trabajo y de cultivo perfeccionado. Se encuentra dominado por la idea de que él aún no llegó o, si llegó, vino antes del momento apropiado.

Tomemos, por ejemplo, una embarcación típica de la región: la "gaiola". Dejando Belem —que es realmente una ciudad de alto nivel cultural en la que viven casi 300.000 habitantes— en dirección a Manaus, otra ciudad con los índices que se le exigen a una capital de provincia, no encontramos ocupación continuada de las márgenes del gran río. Lo mismo sucede cuando se prosigue por el Solimoes hasta Iquitos, capital del departamento peruano de Loreto. Aquí y allí se observa un "tapiri", que es la habitación del cobrizo y de su familia. Las poblaciones, sedes de municipios, no denotan progreso ni manifiestan actividad. Son pequeñas, humildes. Alojan poblaciones de dos tres, a cinco mil habitantes que no disponen de comodidades y componen un medio social verdaderamente singular. Y entre una y otra, el espacio desplblado parece interminable. La tierra por donde pasamos no tiene aspecto, por la vegetación que la cubre, de haber sido dominada y conquistada por el hombre. Y nos viene a la mente una duda: ¿Gourou y todos sus compañeros de tesis no estarán en lo cierto? ¿La Amazonía, espacio tropical, no constituirá un engaño? ¿Es posible esperar de ella alguna cosa útil, permanente y de envergadura para la grandeza de Brasil? ¿Su contribución no se limita a los capítulos de geografía física de los que tantos nos enorgullecemos? ¿El paludismo, el beriberi y la fiebre amarilla no le diezman la población, impidiendo su multiplicación? ¿El calor no es de tal intensidad que esa población no demuestra aquella virilidad que es necesaria en las empresas de impe

tancia e incluso en los quehaceres cotidianos? ¿La pluviosidad intensa no dificulta la acción del hombre para disciplinar la naturaleza? ¿Las inundaciones no destruyen el ya de por sí escaso esfuerzo por crear alguna cosa que no sea aquello que suministra la naturaleza? ¿El suelo no es pobre, negativo y descorazonador?

Las condiciones existenciales en la Amazonía, si no son las que podemos encontrar en el sur del Brasil, tampoco son aquellas que va difundiendo maliciosamente una literatura pesimista. La Amazonía no es el paraíso verde de los ufanos, pero tampoco el infierno verde de los negadores impenitentes. Hemos de comprenderla como un área nueva en los cuadros brasileños, que está exigiendo una técnica moderna, capitales y programas de trabajo intensivo.

El cuadro histórico

El esfuerzo realizado por dominar la Amazonía, incorporándola al universo, data de hace cuatro siglos. Primero, en el siglo XVI, cuando portugueses, españoles, franceses e ingleses se disputaban el dominio de los océanos para dominar las nuevas tierras que los primeros habían descubierto, fueron los españoles las figuras centrales de la aventura. Entonces, con Francisco de Orellana, recorrieron la región, viniendo del Pacífico y llegando al Atlántico. Chocaron con grupos indígenas en la desembocadura del Nhanundá, sacando la impresión de que combatían contra una tribu de mujeres guerreras. Habían dado al río el nombre de Orellana. Lo cambiaron por el del río de las Amazonas... Aquellas mujeres de la selva les hicieron recordar a las famosas combatientes de la Capadocia en el mundo helénico. El nombre no se borró.

Esta primera fase histórica asistió todavía al episodio de otra nueva penetración española, al mando de Pedro de Ursúa, que fue asesinado por los compañeros. A esas alturas se verificó un acontecimiento de singular relieve: la primera proclamación de independencia de la América hispánica. En efecto, muerto Pedro de Ursúa, Lope de Aguirre, quien dirigió el asesinato, hizo aclamar como sustituto de aquél y rey del Nuevo Mundo a un hombre que participaba de la hazaña, Fernando de Guzmán, desconociendo la soberanía española representada por la casa de los Austria. El 23 de marzo de 1561 se proclamaba solemnemente, en plena Amazonía, la independencia de las Américas. Este gesto quimérico, terminó en sangre con la derrota de los pretendidos héroes de la hazaña liberatoria que se desarrolló solamente en la selva del extremo norte, en las tierras de Venezuela, para donde se habían dirigido.

A la fase española siguió la anglo-holandesa. Ingleses y holandeses, en el intento mercantil de apoderarse de lo que portugueses y españoles también se disputaban en las Américas, iniciaron su ocupación y exploración. Levantaron fortificaciones en la costa del Macapá, a lo largo del Amazonas y del Xingú. Aliáronse a las tribus de la región. Trajeron esclavos de Africa. Comerciaron con los indios de la región a base de la materia prima local: el achiote, semillas oleaginosas, maderas y caucho. Iniciaron el cultivo del algo-

dón, tabaco y caña. Montaron ingenios. Fabricaron azúcar y ron. En las abundantes aguas pescaron arapaimas y manatíes que, salados, fueron llevados por toneladas a Inglaterra y Holanda.

Estos ingleses y holandeses representaban los intereses de compañías organizadas en Londres y Amsterdam. Formaban parte de ellas miembros de la corte inglesa y ricos negociantes de los Países Bajos y de Flandes.

En enero de 1616 llegaron a la desembocadura los luso-brasileños. Llamamos luso-brasileños a estos nuevos aspirantes a la Amazonia, porque en la empresa participaban portugueses del reino y portugueses del Brasil, esto es los mamelucos, producto, en el norte, del cruce del regnícola con la mujer indígena. Los mandaba Francisco Caldeira de Castelo Branco. Era un héroe de hazañas bélicas y de tareas pacíficas de gobierno en el nordeste. Venía justamente en el momento de la lucha entablada con los franceses instalados en el Marañón.

La presencia de los luso-brasileños vino a interrumpir la aventura imperial de los ingleses y holandeses. Porque no les fue posible permanecer por más tiempo en la Amazonía. Los luso-brasileños no les dejaron en paz. Los combates se sucedieron durante casi treinta años. Los franciscanos de Santo Antonio consiguieron la cooperación de decenas de pequeños núcleos de población y los llevaron a la lucha. La partida fue ganada por los luso-brasileños. En ella se distinguieron, entre otros, el franciscano Fray Antonio de Merciana y los capitanes Pedro Teixeira, Pedro Baiao de Abreu, Pedro da Costa Flavela, Bento Marcial Parente, Luis Aranha de Vasconcelos, Aires de Souza Chichorro, Feliciano Coelho, etc.

Al llegar a la desembocadura, Castelo Branco pondrá los fundamentos de una fortaleza, el Presépio, a cuya sombra se iniciará un núcleo urbano. Santa María de Belem. La región recibirá el nombre de Feliz Lusitania. En los primeros tiempos, además de forastero osado y pionero, tendrá necesidad de actuar con energía frente a los salvajes. Los tupinambas, que se extendían por el Marañón donde se habían aliado a los franceses, reaccionaron en un pronunciamiento de gran envergadura y tuvieron que ser tratados drásticamente. Asaltando el Presépio, estuvieron a punto de tomarlo cuando su jefe, el famoso Cabelo de Velha, que penetrara en el recinto, cayó muerto bajo las armas de los defensores del fortín. Por fin, vencidos también en otros encuentros, se aquietaron. Superadas aquellas dificultades iniciales, fue posible penetrar en el interior. Esa penetración, en cierto modo rápida, es de efectos sorprendentes. Porque, sin medir peligros y teniendo como guías y colaboradores a los aborígenes pacificados por las Ordenes religiosas, los luso-brasileños ocuparon áreas que por el Tratado de Tordesillas eran positivamente de España, ampliando de esa manera el imperio colonial portugués en América y por tanto el Brasil, en perjuicio de la soberanía española. En esa irradiación continua, incesante y victoriosa, los luso-brasileños empujaron la frontera, llevándola más allá de los puntos por los que debía pasar el meridiano convenido en Europa.

Entre 1637 y 1639, Pedro Teixeira, que ya se distinguiera en la lucha contra los intrusos holandeses e ingleses, bajo el mando del Gobernador Jacome Raymundo de Noronha, subió el Amazonas. Alcanzó Quito en el Ecua-

dor. Al regresar, puso los mojones de una nueva frontera del Brasil que nacía en el área amazónica, fundando un poblado, la Franciscana, y haciendo edificar el terreno en presencia de las autoridades religiosas y militares españolas que le acompañaban en la bajada. Con la hazaña abriría, a los que vivían hasta entonces en la desembocadura, el camino del Oeste. Sertanistas, misioneros y grupos militares remontarían el Amazonas, el río Negro, el Japurá, el Tocatins-Araguaia, el Xingú, el Tapajós, el Madeira, ligando la Amazonía al Brasil central y a Mato Grosso, donde el bandeirante paulista descubría oro.

En dirección Norte, creada la Capitanía del Cabo Norte, hoy Territorio Federal del Amapá, concedida a Bento Marcial Parente, la expansión tropezó con la penetración francesa, que descendía de Cayena. Los choques armados derivaron a medidas militares. En 1697, fueron vencidos los intrusos, y la frontera, a pesar de todas las tentativas de los franceses de Cayena, no fue alterada más: permaneció en Oyapoc o Vicente Pinzón. En Solimoes se produjeron ligeros encuentros con los jesuitas españoles que trataban de crear núcleos con la indiada local para la soberanía de su patria.

La expansión, efectuada en menos de cien años, fue emprendida por los sertanistas regionales, fuerzas militares y los religiosos. Los sertanistas buscaban las especias, abundantes en el interior, las llamadas "drogas del sertón", esto es las especias vegetales que Europa estaba pidiendo y utilizando en la fabricación de los medicamentos y en la condimentación. Las especias a las que se habituara, venidas del Oriente, estaban faltando. Los productos de la Amazonía reducirían la escasez en que se encontraban los mercados europeos.

Las fuerzas militares han alcanzado el interior en la tarea política de establecer el orden, fortificar posiciones y garantizar las nuevas fronteras que se fijaban. En ese particular realizaron un trabajo meritorio levantando una red de fortificaciones: Macapá, São Joaquim do Rio Branco, São Gabriel da Cachoeira, Marabitanas, São Francisco Xavier de Tabatinga, Principe da Beira, Santo Antonio do Gurupá, Obidos, Santarem y São José do Rio Negro.

Las Ordenes religiosas, franciscanos de la Provincia de San Antonio, jesuitas, carmelitas, mercedarios, franciscanos del Beira y Miño, franciscanos de la Concepción, lograron éxitos memorables catequizando las tribus amerindias. Más de dos docenas de ciudades y villas amazónicas son el resultado de las fundaciones que montaron en la tarea ingente de la conquista espiritual de aquellas multitudes de primitivos.

La conquista, promovida con estos elementos —es tiempo de esclarecerlo—, es resultado de una política forjada en Lisboa. No se produjo, por tanto, por voluntad aislada, por la iniciativa de los colonos y autoridades de Belem. Es resultado, insistimos, de un programa de acción ejecutado con decisión y gallardía. La ampliación del Brasil, ocupando las áreas interiores, se decidió en Portugal. Por eso, cuando en 1713 y 1750, por los Tratados de Utrecht y Madrid, los portugueses negociaron con los franceses y españoles sobre los límites de sus respectivos territorios, aquellas partes que habían sido desbravadas y ocupadas, entraron a formar parte integrante del Brasil que comenzaba a tomar conciencia nacional.

Esa conquista no se limitó, sin embargo, a los episodios de la exploración comercial, fundación de fortificaciones y dominación sobre las gentes. Al contrario, se ejerció también por la acción directa sobre la tierra, labrada intensamente y ocupada a través de una población y colonización ordenadas técnicamente. Se hicieron, sobre la base de planos trazados por las autoridades portuguesas, inmensos cultivos de cacao, clavos, algodón, café y caña con que se fabricó azucar. La exportación de esas especias puso en movimiento flotas respetables. Se daban premios a los labradores; esos labradores ora eran los cobrizos resultantes del mestizaje con la mujer indígena, ora eran los propios indios que dejaban las tabas para establecerse en poblados ribereños, ora eran colonos venidos de Portugal o de las Islas Azores. Con los isleños se poblaron Santa Catarina y Río Grande do Sul. Después, con ellos también, se hizo la ocupación del valle amazónico. Macapá y Braganza, por ejemplo, son dos ciudades así fundadas. Trabajadores de buena clase, cooperaron tenazmente en la formación social y en el desarrollo económico de la Amazonía.

Por las condiciones especiales de la región, en la que no existían caminos terrestres, que enlazasen los centros urbanos y las propiedades agrícolas o ganaderas, sino únicamente vías fluviales, proporcionadas por la inmensa bacía hidrográfica, hubo necesidad de crear una flota interior para todos los servicios de transporte. Montáronse para tal fin, utilizando la técnica nativa, pequeños astilleros que producían día y noche embarcaciones de los más variados tipos para el uso diario de los colonos y de las autoridades. En Belem, donde hoy se encuentra el Arsenal de la Marina y la Base Naval, antiguo Hospicio de los Franciscanos, se construyó un arsenal de mayores proporciones en el que se hacían embarcaciones de alta mar; navíos mercantes y de guerra, para la armada portuguesa. Sólo en la última década del siglo XVIII, para poner un ejemplo, en vista de una posible guerra con Francia y con objeto de atacar la Guayana francesa, se prepararon allí cuatro fragatas, tres urcas, tres bergantines y doce chalupas artilladas. Los operarios, en número de 2.000, eran cobrizos paraenses, dirigidos por maestros portugueses.

Proclamada la Independencia, la Amazonía, a pesar de los esfuerzos desplegados por los portugueses para mantenerla a su lado, se incorporó al Imperio. Por él luchó con las armas en la mano en lances heroicos, cosa que sólo en el momento actual va calando en la conciencia del país.

Al integrarse en el Imperio brasileño, la Amazonía continuaba siendo un inmenso espacio que exigía la ejecución de medidas continuadas para que dejase de ser únicamente una región exótica, de cerca de cuatro millones de kilómetros cuadrados, con una población que apenas alcanzaba el medio millón de habitantes. Se necesitaba una política realista, pero ésta no fue decretada. El naciente Imperio tenía que afrontar una serie de problemas internos y externos, que no le permitían dedicar la atención a los problemas de la colonización de sus diversas áreas geoeconómicas. La Amazonía, en tanto, padeció los rigores de una agitación política violentísima. De 1823 a 1840, se produjo en ella un verdadero estado de guerra civil, que destruyó sus cultivos y disminuyó los ya escasos cuadros de población.

Tres acontecimientos de orden económico vinieron a alterar profundamente, poco después, el paisaje social y económico: la introducción de la

navegación a vapor, la explotación intensiva de la borracha y la llegada de los emigrantes nordestinos.

La navegación a vapor se debe a Irineu Ebangelista de Souza, Barón de Mauá, quien organizó la Compañía de Navegación del Amazonas, cuyas embarcaciones comenzaron a cruzar todos los grandes afluentes del río eje, garantizando de este modo el movimiento mercantil e incluso la colonización. A la iniciativa de Mauá seguirán otras.

La explotación de la borracha, si por un lado determinó el abandono de las actividades agrarias y la propia recolección de ciertas especias nativas, por el otro aseguró el desenvolvimiento de la región por su mayor intercambio con el exterior, inversión de capitales, progreso material y ampliación territorial del país en el episodio de la conquista del Acre.

La inmigración del nordeste, iniciada en la segunda mitad del siglo XIX, tomó mayores proporciones a partir del año 1877, cuando la sequía de los sertones cearenses forzó la salida de muchos millares de sertaneros. Esos emigrantes, sabiendo que la Amazonía estaba dedicada a la explotación de la borracha, se lanzaron sobre ella. Tierras, como las dos cuencas del Xingú, del Tapajós, del Purús y del Juruá, hasta aquella época exploradas muy por encima, de repente recibieron millares de nordestinos. Pero Purús alcanza el que hoy denominamos Territorio del Acre. Allí se establecieron cerca de 100.000 cearenses dedicados al cultivo de la "nerea brasilienses".

Bolivia disputaba al Brasil la soberanía sobre aquella área interna. Presentaba títulos heredados de la Colonia. Alegaba un tratado que firmara en 1867, por el cual el Acre debía de pertenecerle. Con todo ningún boliviano compareció en el Acre, ningún colono, ninguna autoridad. Los brasileños, cuando la soberanía boliviana fue reconocida por el gobierno, decidieron no permitir que ésta se hiciese efectiva. Proclamaron la independencia del territorio, constituyéndolo como estado libre. Vencidos en esta primera tentativa, no se desanimaron. La lucha prosiguió. Bolivia, sin medios materiales para dominar la situación, arrendó el Acre a un consorcio extranjero. El hecho provocó un escándalo internacional, porque con aquella novedad la nación boliviana inauguraba un sistema peligroso a las soberanías continentales. La concesión abría las puertas de la América del Sur al capitalismo imperialista. La población brasileña del Acre no se conformó con la nueva situación que se creaba y bajo la capitanía de un caudillo gaucho, Plácido de Castro, se lanzó de nuevo a la lucha. La guerra terminó en 1903 con la intervención del gobierno federal. Era ministro de Relaciones Exteriores, a la sazón, el Barón de Río Branco, quien alarmado por la acción del gobierno boliviano, actuó rápidamente consiguiendo por el tratado de Petrópolis que el Acre se incorpore definitivamente al Brasil.

Río Branco —es tiempo apuntarlo—, hallándose ante una serie de cuestiones de límites, varias de ellas en el sector amazónico como eran las de la frontera con las Guayanas Francesa y Británica, que amenazaban la tranquilidad continental, con una política diplomática de máxima importancia trató de resolverlas de una vez, afrontando el problema más importante y fundamental que era la definición de la base física.

El ciclo de la borracha permitió así al Brasil su crecimiento territorial.

Le aseguró además divisas en el exterior para sus compras y para la realización de las transformaciones de orden material, a las que procedió en toda la extensión del país. Las poblaciones amazónicas, en el cómputo general de las rentas nacionales, figuraban como las de mayor contribución al tesoro de la Unión.

No se hizo, sin embargo, en la Amazonía ningún trabajo en el sentido de transformar la técnica de producción de la borracha. Continuaban los métodos empíricos de extracción del latex, del caucho y los de su primer tratamiento. No se hizo el cultivo de los árboles que los producían. Los precios, a causa de las ventas para el exterior, crecían de día en día. Los mercados compradores trataron de reaccionar. Plantaron la especie gomífera en el Oriente, en las posesiones inglesas, francesas y holandesas. En 1910 la producción del Oriente apareció en los mercados consumidores. Apenas eran unas cuantas toneladas. Pero ya en 1914 superaban la producción amazónica. Los precios bajaron, por la abundancia de producto y por la mano de obra barata en el Oriente. No se podía ofrecer resistencia. No hubo preparación para competir. Comenzó la decadencia.

El gobierno federal, atendiendo las quejas de la región y los intereses económicos y financieros del país, planteó la revalorización de la borracha. El programa incluía la revalorización del hombre. Hasta aquel momento todo se hizo y creó empíricamente, según demandaban las circunstancias. Fue preciso por tanto encarar ahora la realidad en sus aspectos totales.

Desgraciadamente las medidas decretadas ni siquiera fueron iniciadas. La Amazonía tuvo que mantenerse por eso, desde entonces, de sus propios recursos en intentos heroicos por sobrevivir.

La realidad actual

La Amazonía, como estamos viendo, es fruto de un inmenso trabajo para hacer de ella un área política, social y económica, pero un trabajo realizado sin la disciplina conveniente. El hombre amazónico ha actuado sin los recursos de una buena técnica, desasistido de todo. A pesar de eso la actualidad amazónica no es descorazonadora. Por el contrario, examinadas sus condiciones, podemos decir que presenta perspectivas favorables. Su población asciende ahora a casi tres millones de individuos. Las endemias, que frenaban tanto el crecimiento demográfico y contribuían a envolver la región en todas esas reservas y sospechas que le estaban perjudicando, se van venciendo. El servicio especial de salud pública, aplicando técnicas modernísimas, realiza una admirable tarea de saneamiento. La malaria pierde terreno. Algunas regiones, como el territorio del Guaporé, están íntegramente libres del terrible mal.

La producción ya no se limita sólo a la borracha y a la castaña. Se apuntan entre los géneros producidos: el timbó, el palo de brasil, las semillas oleaginosas, el algodón, el tabaco, el arroz y el yute. El último es una experiencia recientísima. Las plantaciones datan de 1937, cuando en la colonia japonesa de Paretins se consiguió la aclimatación de la especie hindú. Extendiéndose por el bajo Amazonas, en dirección a la desembocadura, subiendo por el Solimoes en dirección a la frontera con Colombia y Perú, el yute es

hoy ya un cultivo de envergadura. Basta que se diga que en este momento asciende la producción a 22.000 toneladas que abastecen perfectamente la industria nacional, permitiendo prescindir totalmente de la importación. Con la aclimatación, conviene aclarar, se creó un tipo nuevo que la propia India está interesada en obtener para sus plantaciones.

Un organismo de investigación, el Instituto Agronómico del Norte, realiza un estudio metódico y científico de la floresta en lo que ésta posee de peculiar y de importante para la explotación comercial. El inventario de esta riqueza, ahora bajo la dirección del servicio brasileño, durante mucho tiempo fue empresa de extranjeros. Como pocas regiones de la tierra, la Amazonía despertó la curiosidad de eminentes hombres de ciencia y de sociedades especializadas de Europa y de los Estados Unidos.

Así, figuras como Charles Marie de la Condamine, Wallace, Bates, Spix e Martius, Paepping, Spruce, Adalberto de Prusia, Castelnau, Osculati, Herdon, Gibbon, Changless, Agassiz, Herber, Smith, Keller, Leuzinger, Nattarrer, Crevaux, Kock Crunberg, Jacques, Huber, Emilio Goeldi, Katzer, Coudreau, Hamilton Rice, estudiaron la flora, la fauna, el subsuelo, la climatología, la hidrografía, los grupos indígenas; tanto el paisaje físico como el humano, describiéndolos en detalle. Crearon una literatura de alto contenido científico.

Pero el Brasil no estuvo ausente en esa empresa cultural. Comenzando por Alexandre Rodríguez Ferreira, naturalista baiano que durante casi una década subió y descendió ríos, mirándolo todo y examinando con cariño particular las cosas locales, pasando por José María Nogueira, Marcos Pereira de Sales, Couto de Magalhares, Eduardo José de Morais, Silva Coutinhio, Luiz Culs, Euclides da Cunha, Adolfo Ducke, Oswaldo Cruz, Alfredo da Mata, hasta los trabajos más recientes, de orden geográfico, de la comisión de límites dirigida magistralmente por el capitán de la marina de guerra Braz Dias de Aguiar, también Brasil se volcó sobre aquel mundo exótico procurando comprenderlo, interpretarlo, conocerlo en los detalles y en las particularidades.

La Constitución de la República, en su artículo 199, determina que el tres por ciento de las rentas tributarias de la Unión sean aplicadas en un plan de revalorizar la Amazonía. Ese plan fue ya elaborado y comienza a ser ejecutado. ¿La Amazonía, espacio tropical brasileño, podrá ser dominada? ¿Podrá ser destruída la aseveración de Pierre Gourou?

ARTHUR CEZAR FERREIRA REIS

ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
SEVILLA

AVISO

A disponibilização (gratuita) deste acervo, tem por objetivo preservar a memória e difundir a cultura do Estado do Amazonas. O uso destes documentos é apenas para uso privado (pessoal), sendo vetada a sua venda, reprodução ou cópia não autorizada. (Lei de Direitos Autorais - Lei nº 9.610/98). Lembramos, que este material pertence aos acervos das bibliotecas que compõem a rede de bibliotecas públicas do Estado do Amazonas.

EMAIL: ACERVODIGITALSEC@GMAIL.COM

Secretaria de
Estado de Cultura

CENTRO CULTURAL DOS
POVOS DA AMAZÔNIA